

P. Nemesio Fernández Villa

(1929-2008)

HOMILÍA DEL P. DOMINGO MONTERO, PROVINCIAL DE LOS HERMANOS CAPUCHINOS, EN LA MISA FUNERAL DEL P. VILLA.

Queridos hermanos Capuchinos venidos de distintas fraternidades, Terciarios Capuchinos, familiares del P. Villa, especialmente querido Domingo, Sr. Vicario episcopal, sacerdotes, miembros de la Asociación Agarimo, religiosos, religiosas, amigos del P. Villa y hermanos que nos acompañáis en esta celebración: Paz y Bien

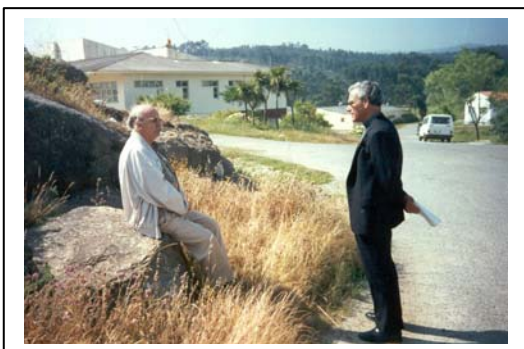
Hoy nos reunimos para, desde la fe, la esperanza y el dolor, hacer a Dios la ofrenda de nuestro hermano Nemesio, que, iniciado por el bautismo a la vida de la fe en la Iglesia, hoy, desde la iglesia se incorpora a la vida definitiva de los hijos de Dios.

Nos reunimos para proclamar, por encima y más allá de esta muerte, nuestra fe en la Vida, pero también para expresar humana y cristianamente nuestro dolor. Es éste un momento en el que la esperanza cristiana no puede eliminar el dolor, ni el dolor puede ahogar la esperanza. Nos reunimos para dar gracias a Dios por nuestro hermano y para orar por él a Dios, nuestro Padre.



“Escuchemos la palabra de Dios, para que entremos en su descanso”. Y esa palabra nos recuerda que "la misericordia de Dios no termina", que "se renueva cada mañana" y que "es bueno esperar en el silencio la salvación de Dios". ¡Que así sea para nuestro hermano!

La muerte, es verdad, tiene un componente dramático, desgarrador, y éste es el que absolutizan los que no tienen esperanza. Por eso san Pablo advierte: "No quiero que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza", pues “si se destruye este nuestro tabernáculo terreno tenemos un sólido edificio construido por Dios, que tiene una duración eterna en los cielos”. ¡Que así sea para nosotros, hermanos!



P. Villa y P. Oltra

Nosotros creemos y esperamos en Jesús y en sus palabras: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá...; el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré". Y nuestro hermano se ha alimentado de esa Vida y la ha servido como sacerdote. No vamos, pues, a sepultar una vida, sino a sembrar una esperanza.

No son éstas palabras fáciles, encaminadas a mitigar el dolor ni a camuflar el rostro severo de la muerte. La fe no inmuniza sino que sensibiliza; el cristiano siente profundamente este dolor, pero sabe situarlo bajo el misterio de la muerte y resurrección de Cristo.

La muerte es susceptible de múltiples lecturas. Puede sufrirse, ser protagonizada y hasta celebrada y cantada. Puede vivirse y verse como desarraigo o abrazo fraterno (el de la hermana muerte); como aniquilación o descanso; como exilio al frío mundo del no ser o retorno a la casa del Padre; como confinamiento al más absoluto de los vacíos o caída en los brazos de Dios; como siega voraz o siembra esperanzada; como ocaso o como aurora.

Creo, y es mi esperanza, que nuestro hermano la habrá vivido como abrazo fraterno, como descanso, como retorno a la casa del Padre, como caída en los brazos de Dios, como siembra esperanzada, como aurora...

Nuestro hermano Nemesio vuelve a casa. Esto es la muerte para el cristiano: el retorno, la incorporación definitiva a la casa del Padre. ¡Morir es volver a casa! Volver a los cálidos brazos de Dios, nuestro hogar original. “Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre” (Jn 16, 28). Fue el itinerario de Jesús, el Hijo de Dios, y es el itinerario de los discípulos de Jesús e hijos de Dios. “Si vivimos, vivimos para Dios...; en la vida y en la muerte somos de Dios” (Rom 14,8)

Nacido en Villamondrín de Rueda (León) el 17 de Febrero de 1929; tras los estudios seminarísticos en El Pardo, ingresó en el Noviciado, en Bilbao, donde emitió su primera profesión el 2 de Septiembre de 1947; en León hizo la profesión

perpetua el 12 de Septiembre de 1950, y recibió la ordenación sacerdotal en Astorga el 24 de Enero de 1954.

El P. Villa interpretó su vida en dos claves, cronológica y temáticamente bien diferenciadas. Hasta 1965, dedicado apasionadamente a la predicación; a partir de ahí se implicó de cuerpo entero en la obra social –“dar trigo”, como él decía. Inició el trabajo social en el barrio coruñés de El Portiño, intentando la recuperación social de aquel enclave. Años densos y apasionados. ¿Quién no recuerda el gesto y el mensaje de su encierro en una jaula con cuatro leones el 26 de Abril de 1972 (hace ahora 36 años), para sensibilizar sobre el problema de tantos niños con hogares rotos y la vida en riesgo? En 1972 pidió y obtuvo el permiso de los superiores de la Orden Capuchina para vivir fuera del convento, inmerso en su proyecto social. Su gran sueño y su gran obra fue la Ciudad de los Muchachos, Agarimo, en el pueblo de Arteixo, cuyos trabajos comenzaron el 15 de Enero de 1975 y que hoy es una espléndida realidad. Una obra que es expresión de su opción por la juventud, por su formación en un ambiente de familia y autogestión, promoviendo los valores humanos y cristianos. Una obra – la obra del P. Villa – que se hizo también con la aportación generosa de personas e instituciones que no quisiera dejar de subrayar, aunque sería muy prolijo enumerar, y que hoy continúa dirigida por nuestros hermanos los Terciarios Capuchinos. Éstos son algunos datos de su curriculum, pero su vida fue mucho más rica.

Dibujar su perfil interno sería una pretensión excesiva. Además sólo Dios conoce el “misterio” de cada vida y su verdad más íntima. ¡Respetemos ese espacio sagrado! En estos momentos, sólo quisiera decir que el P. Villa fue un hombre de corazón bueno y de gran corazón, sensible y compasivo; que intentó como el Señor, “pasar por la vida haciendo el bien”, o como Francisco de Asís, sembrando Paz y Bien.

Vamos a dar sepultura a sus restos mortales, conscientes de que no lo hemos perdido, "porque la vida de los que ti creemos, Señor, no termina, se transforma". Seguimos unidos a él por la comunión de los santos. Él ya ha conseguido la dimensión definitiva de su existencia, mientras nosotros aún peregrinamos; por eso, al tiempo que rogamos por él, le rogamos a él, para que, desde su situación junto a Dios, interceda por nosotros para que nuestro camino por la tierra sea, como el suyo, inequívocamente cristiano.

“El Señor me dio hermanos”, decía san Francisco. Sí, como dicen nuestras Constituciones, los hermanos son un don. Y el P. Villa fue un don precioso. Pero como decía Job: “El Señor me (nos) lo dio, el Señor me (nos) lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor! ¡Gracias, Señor, por el P. Villa, por su vida y por su muerte!

Quiero concluir agradeciendo a quienes han rodeado con su apoyo la vida y obra de nuestro hermanos y especialmente a quienes le han cuidado y acompañado, con su cercanía afecto en su último tramo de vida, recordando que vivió y murió en la fraternidad capuchina, y pidiendo al Señor con las palabras del salmo 118: “Haz brillar, Señor, tu rostro sobre tu siervo”, y que pueda escuchar la invitación: “Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25,21). Amén.

A Coruña, 23 de abril de 2008